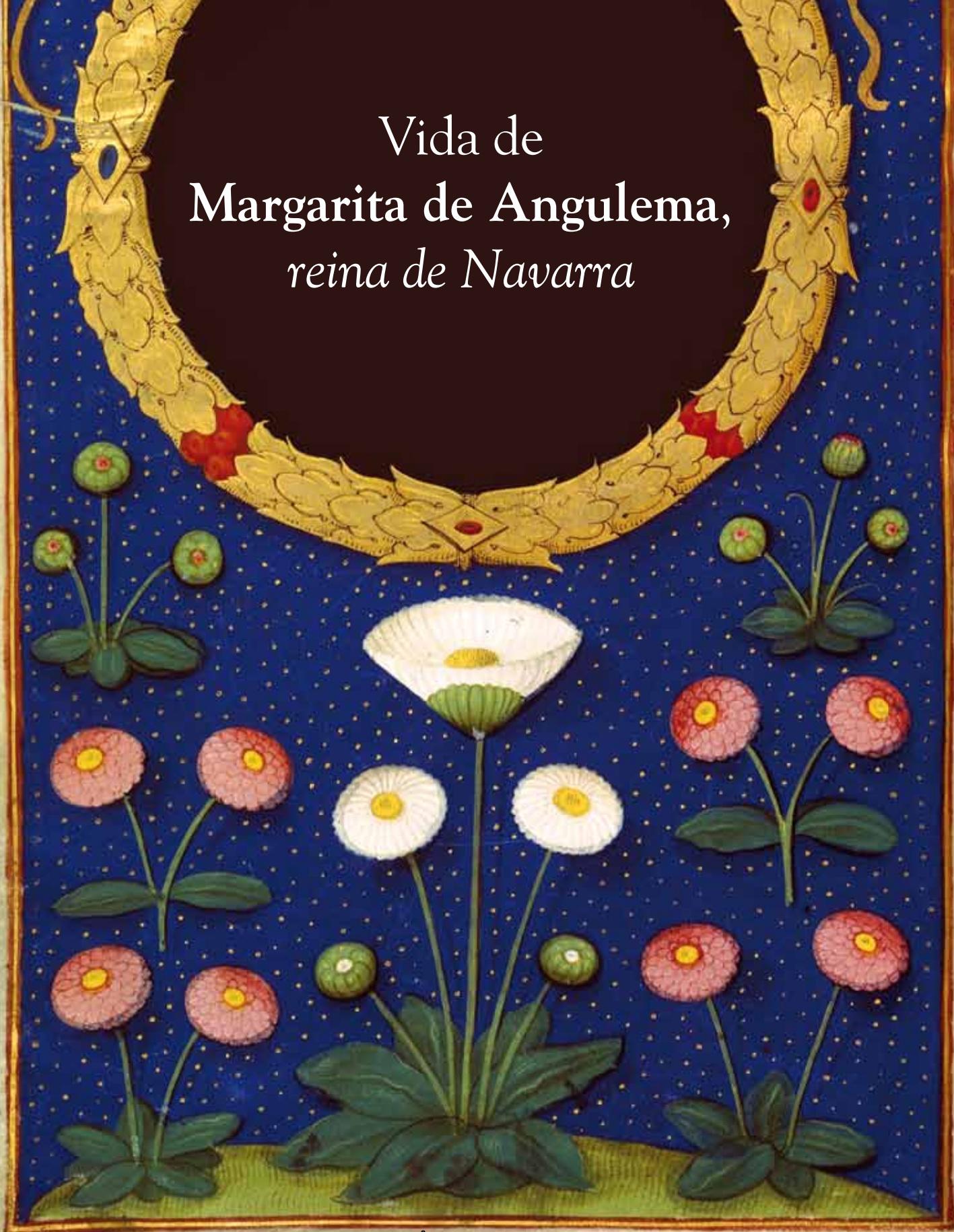


Vida de  
Margarita de Angulema,  
*reina de Navarra*



La colección *Chipi-Txapa* nació para ayudar a los escolares a conocer mejor Navarra proporcionándoles un material que les anime a interesarse por su tierra, su historia, su arte y la diversidad de lenguas, culturas y costumbres que la hacen peculiar. En este número inauguramos la serie de biografías de personajes navarros, con uno de excepción: Margarita de Angulema, princesa real de la casa de Francia y antepenúltima reina de Navarra por su matrimonio con Enrique II de Albret.

José Iribas Sánchez de Boado, Consejero de Educación.



COLECCIÓN

## Chipi-Txapa

*Conocer Navarra*

*Serie básica*

1. Los símbolos de Navarra
2. Los Fueros y las Instituciones de Navarra
3. La lengua vasca
4. Flora y fauna de Navarra

*Serie monográfica*

1. La geografía de Navarra en DVD (multimedia)
2. Historia y actualidad del Fuero navarro
3. Navarra y su gente. Diversidad geográfica y cultural de Navarra
4. Tierra Estella, una mirada a nuestro entorno
5. El reino de Navarra
6. Los vascos
7. Navarra románica

*Serie Biografías*

1. Vida de Margarita de Angulema

Vida de  
**Margarita de Angulema,**  
*reina de Navarra*



Vida de  
Margarita de Angulema,  
*reina de Navarra*

Escrita por ella misma,  
con anotaciones al margen de su puño y letra

Título: Vida de Margarita de Angulema, reina de Navarra.

Autor: Matías Múgica

© Gobierno de Navarra.

Departamento de Educación

1ª edición, 1ª impresión (2011)

Ilustraciones: según indicación en cada una de ellas.

Diseño gráfico: Ana Cobo Rayán

Impresión: Imagen Grafica Navarra S.L.L.

ISBN: 978-84-235-3281-0

D.L.: NA-2251/2011

Promoción y distribución:

Fondo de Publicaciones del Gobierno de Navarra

c/ Navas de Tolosa, 21

31002 PAMPLONA

Teléfono: 848 427 121

Fax: 848 427 123

fondo.publicaciones@cfnavarra.es

www.cfnavarra.es/publicaciones

*La mort n'y mord*

Divisa de Clément Marot







o, Margarita de Angulema, por la gracia de Dios reina de Navarra, princesa de la primera rama de Orléans de la casa de Francia, duquesa de Alençon, duquesa de Berry, condesa de Armagnac y de Perché, teóloga, poeta, escritora, diplomática, mecenas y protectora de las artes y las ciencias, gran intelectual renacentista y, por mis dolores, reformista religiosa, desde el lugar incierto donde las almas de los muertos aguardan la consumación de los tiempos, me levanto, resucitada, del pueblo de los difuntos a dar breve cuenta de mi vida a los descendientes de mis súbditos, para que el olvido no acabe de borrar mi ya casi desaparecida memoria.

Porque pese a toda esta retahíla de títulos y méritos, en la que nada es incierto ni exagerado, es muy probable que nunca hayas oído mi nombre. Por desgracia no soy muy conocida en Navarra, quizás porque de nacimiento soy francesa, princesa de la casa real, como he dicho. Llegué a ser reina de Navarra al casarme y solo al final de mi vida pasé muchos años en esta tierra.

En mi país natal, la dulce Francia, sí que soy muy conocida. No debería decirlo porque suena presuntuoso, pero los franceses me consideran una gran intelectual y escritora. Claro, eso son cosas que en Francia se aprecian; en Navarra, en cambio, dicho sea sin ánimo de ofender, se aprecian poco; más bien se miran con indiferencia, cuando no con recelo.

Pero no he venido aquí a criticar, sino a contaros mi vida.

*Al releer ahora impresa esta autobiografía, me ha parecido que en algunos sitios faltaban detalles y noticias que podían ser necesarias para que un lector del siglo XXI entienda cabalmente lo que cuento. Por eso he añadido de mi puño y letra unos pequeños comentarios al margen, a modo de apostillas, para aclarar y completar lo que quedaba oscuro o cojo. Espero que me disculpéis. Siempre he sido un poco caótica.*



▲ Margarita de Angulema, c. 1527,  
retrato de Jean Clouet.  
Walker Art Gallery. Cortesía de  
National Museums Liverpool.

*Digo esto porque por entonces estas cosas no estaban claras y mucha gente pensaba que el saber era cosa solo de hombres. Fijaos si la opinión sobre la incapacidad femenina estaba arraigada que todavía muchos años más tarde, un jesuita de la contrarreforma decía: "Dadle a una chica un libro de poesía y se dedicará a los amoríos. Dadle uno de prosa y cuestionará el credo." Ahí es nada. Pero mi madre era de otra opinión, era una feminista "avant la lettre".*

## Primeros años

Nací el 11 de abril de 1492, un año verdaderamente memorable. Por entonces todos creíamos firmemente que el destino de los hombres y el rumbo de los acontecimientos estaban escritos en la posición de los astros en el cielo. No sé si es cierto pero, si lo es, no cabe duda de que aquel año todas las estrellas estaban en rayá.\* Nací en Angulema, en el palacio viejo que mi padre tenía en la ciudad. Eso tiene también su historia porque dada la nobleza de mi familia, lo normal era que hubiera nacido en la corte del rey de Francia (que era tío segundo mío); pero el caso es que mi padre, por ciertos asuntos mal llevados, había caído en desgracia delante del rey, que era algo que entonces les pasaba a menudo a los nobles. Por eso tuvo que irse, casi desterrado, a Angulema.

Mi padre, el de la desgracia, era Carlos de Orleans. Tengo pocos recuerdos de él y apenas influyó en mi vida y mi educación porque murió cuando yo tenía cuatro años, por lo que no tuvo tiempo de dejar mucha huella ni en mí ni en mi hermano pequeño Francisco, que tenía dos años menos que yo. No quiero hablar mal de mi padre pero la verdad es que Luisa de Saboya, mi madre, tenía un carácter y un espíritu muy superiores al de su marido, que, ¿cómo decirlo?, adolecía de cierta falta de finura. Y eso que en su familia no faltaban hombres de letras, como mi tío abuelo, otro Carlos, gran poeta, que influyó mucho en mi obra. Pero es que en las familias suele suceder así: de padres exquisitos salen hijos bastos y vulgares, y al revés. Si se piensa bien, es un gran misterio.

En todo caso, a mí y a mi hermano nos educó sola mi madre, tras quedarse viuda con veinte años.\*\* Pero, como digo, no le faltaban recursos y criterio para hacerlo. Mujer excepcional, de mucho carácter y ella misma muy bien formada, mi madre sabía lo importante que es una buena educación, tanto para las chicas como para los chicos. Así que se buscaron los mejores profesores para mi educación y la de mi hermano: François du Moulin y François Rochefort, que nos enseñaban latín, y Robert Hurault, que se ocupaba de la filosofía.



▲ Carlos de Angulema y Luisa de Saboya jugando al ajedrez, c. 1498. *Les échecs amoureux*. Biblioteca Nacional de Francia, París.

*Ahora que lo vuelvo a leer, me parece que esto suena muy vanidoso, como si estuviera diciendo que mi nacimiento fue un acontecimiento comparable al descubrimiento de América o a la expulsión de los musulmanes de su último reducto de Europa. Desde luego que no. Simplemente digo que nací en una época en que estaban sucediendo cosas de gran trascendencia para el mundo.*

\*\*  
*Fijaos en que si mi madre se quedó viuda con veinte años y yo huérfana con 4, eso significa que mi madre me tuvo con... ¡16 años! Las cosas, como se ve, han cambiado mucho desde entonces, al menos por lo que toca a la edad reproductiva de las mujeres. La verdad es que aquello era una locura, aunque lo de tener el primer hijo a los 40, que es lo que se lleva ahora, tampoco me parece el colmo de lo razonable.*

Este jovencuelo, casi un niño, con cierta cara de faltarle unos hervores, es Carlos de Austria, Karl para la familia, futuro emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. En el retrato tiene unos 14 años.



▲ Carlos V joven, retrato de Bernaert van Orley. Museo del Louvre, París.



▲ Carlos V adulto, c. 1533, retrato de Lucas Cranach el Viejo. Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid.

Aquí tiene bastantes más años, ya claramente superada la fase de yasmado. Lo que no llegó a superar nunca, porque la cirugía maxilofacial no era entonces lo que ahora, es el prognatismo, según se ve claramente en los dos cuadros.



▲ Enrique VIII de Inglaterra, 1540, retrato de Hans Holbein el Joven. Galleria Nazionale di Arte Antica, Roma.

Este que veis aquí, cubierto de brocados, seda y plumas, estrujando con saña sus guantes cual si fueran el cuello de sus súbditos, esta montaña de carne malhumorada, es Enrique VIII de Inglaterra, que también fue pretendiente mío. Claro que entonces quizás no tuviera todavía esta pinta de antropófago. Entonces, era, como yo, un crío. Se puso así con la edad, que, como bien se sabe, todo lo mejora. En el retrato tiene 49 años.

*\*El griego, en realidad no lo aprendí de joven, sino a los cuarenta años, porque la curiosidad intelectual me duró toda la vida.*

Aprendí primero lenguas. Saber idiomas es la puerta abierta al mundo y al saber. Fueron primero los idiomas clásicos: el griego<sup>\*</sup> y el latín, que eran los vehículos de la cultura antigua y de gran parte de la moderna, y además hebreo, lengua del antiguo testamento. También llegué a hablar con soltura español, italiano y alemán, además de mi francés natal. Después estudié y aprendí casi todo lo que se podía saber en aquellos tiempos, con un gusto especial por la filosofía y la literatura, que le iban bien a mi gran imaginación y a mi carácter inquieto e inquisitivo.

Con doce años, nos presentaron a mí y a mi hermano en Amboise, ante la corte de Louis XII, del que éramos parientes. El rey estaba muy enfermo y no tenía hijos varones, así que estaba buscando un heredero. Los dos hermanos le gustamos mucho al rey, pero en Francia en aquel entonces regía una ley<sup>\*</sup> que prohibía reinar a las mujeres, por lo que yo no podía ser esa heredera, y el rey Louis pensó en mi hermano para sucederle. Con esa intención, quería prometerlo con su hija Claude.<sup>\*</sup> Os puede parecer raro pero, entonces, en los círculos del poder los matrimonios se hacían y deshacían así, por razones políticas, sin que los sentimientos de los novios contaran para nada. Otro tanto me sucedió a mí: como todo el mundo daba por hecho que mi hermano iba a ser rey, me convertí automáticamente en un buen partido, y de todas partes me surgían pretendientes. Pidió mi mano, por ejemplo, Enrique VII de Inglaterra, para uno de sus hijos, pero el Consejo Real se negó a permitirlo. Y también quiso casarse conmigo Carlos de Austria, ¿os suena el nombre? Este iba a ser pronto un hombre muy importante, incluso para la historia de mi familia. Pero no me quiero adelantar... Al final, el viejo rey de Francia me obligó a casarme, me gustara o no (que era que no), con el duque de Alençon, Carlos, un militar tosco y corto de luces que no me llegaba a la suela del zapato. Tenía entonces 17 años y medio.

*En concreto mi padre era primo carnal del rey.*

*El rey quería casarlo con Claude, pero la reina no quería ni oír hablar de esa boda. Louis XII tuvo que esperar a que muriera su mujer, en 1511, para cumplir su proyecto, tanto tiempo acariciado.*

*Esta era la Ley Sálica, establecida en Francia a principios del siglo XIV. El nombre le viene de que se inspiraba en la legislación de los Francos Salios, una tribu germana que había tomado el poder en las Galias en el siglo V, aunque en realidad tenía muy poco que ver con las antiguas normas de sucesión de los francos.*

Imaginaos mi situación, a esa edad, casada con una acémila y obligada a vivir en un oscuro palacio de provincias en Alençon, entre mi marido y una suegra beata e ignorante, lejos de mi hermano y sin compañía humana que mereciera la pena. Fueron años duros. Entonces fue cuando me dio por la religión



▲ Carlos de Valois, duque de Alençon.  
Dibujo atribuido a Henri Bellange.  
Musée National du Château de Pau.

*\* Calvin, por ejemplo defendía abiertamente que Dios predestina desde el principio a unos hombres a salvarse y a otros a perderse, que ese es su destino irremediable y que nadie puede hacer nada por cambiarlo. Esta idea, en mi opinión bastante peregrina, caracteriza el calvinismo frente al catolicismo, pero también frente a otros credos protestantes, que no la aceptan.*

y por la reflexión teológica. Como mi marido no era dueño de mi corazón, se lo di a Dios. Y es que el vacío espiritual y el sentimiento de íntima soledad, ya se sabe, son el mejor abono de toda tendencia al misticismo; si yo no hubiera pasado por estas soledades quizás no hubiera sentido nunca la dolorosa ansia de Dios que impregna mi poesía ni el sentimiento religioso hubiera sido, como fue, eje y norte de mi vida. A veces parece que la vida te lleva por donde quiere. ¿Tenían razón los antiguos, que nos creían juguetes del destino? No lo sé, pero lo cierto es que esa cuestión, la del libre albedrío y la predestinación, fue una de las más sañudamente discutidas\* de mi época.

Por entonces, como señal de este estado de espíritu que os estoy contando, adopté una divisa que me gustaba mucho: figuraba una caléndula vuelta hacia el sol, con una leyenda que decía *non inferiora secutus*.

*O sea, "Sin atender a las cosas terrenales".*



*¿Qué queréis? Siempre fui un poco pedantilla... pero no me diréis que la divisa no es bonita, ¿no?*

## Après la pluie, le beau temps

**E**n fin, mis años de matrimonio en Alençon fueron, la verdad, horribles porque mi marido no tenía ninguna de las cualidades que hacen feliz a una mujer, sobre todo a una mujer como yo, aunque me esté mal decirlo. Pero, como decimos los franceses, *après la pluie, le beau temps*, que viene a querer decir que no hay mal que cien años dure, y en 1515 mi hermano Francisco subió al trono de Francia y todo cambió a mejor. A mucho mejor, la verdad. Tenéis que saber que mi hermano y yo siempre fuimos uña y carne, desde pequeños. Yo era para él, y siempre lo fui, sa mignonne, que era como me llamaba. En adelante se acabaron las soledades y el aburrimiento del castillo de Alençon. Me fui a la corte y empecé a llevar la vida que me gustaba. Y no me refiero a una vida de diversión y fiestas, aunque de eso también había. No. Lo que me gustaba a mí era la vida del espíritu, la vida intelectual... y los asuntos de estado. Mi hermano se fiaba de mi criterio y mi consejo. Desde la infancia me lo consultaba todo y así siguió siendo después de rey. Y cuando digo todo, es todo: incluso los asuntos de estado más peliagudos no se decidían



▲ Francisco I de Francia, c. 1525, retrato de Jean Clouet, Museo del Louvre, París.

sin mi opinión, ya que los comprendía y zanjaba mejor que cualquier ministro. Francisco me usaba especialmente para recibir y discutir con embajadores extranjeros, por mis dotes diplomáticas y mi don de lenguas.\* A veces en las ceremonias oficiales, llegué a sustituir a la reina cuando esta estaba embarazada.\*\*

\*\*  
*En realidad mi cuñada Claude, la reina, era una mujer de pocos vuelos que mostraba un desinterés total por la vida cortesana. Por eso muchas veces hacía yo el papel de primera dama de Francia, aunque formalmente no lo era. Y mi madre, que vivía en la Corte, también pesaba mucho en las decisiones, incluso en cuestiones políticas.*

\*  
*Mi hermano era más torpe que yo con los idiomas. No le entraba el latín ni a latigazos y nunca llegó a dominarlo. Llegó en cambio, a hablar muy bien italiano.*



▲ Los Salmos de David en rima francesa. Edición de 1562.

*Hablando de hombres a los que les perdían las mujeres, conocí en la corte a uno de estos, que iba a ser compañero de fatigas mío gran parte de mi vida: el poeta Clément Marot, que era entonces, como se llamaba él mismo, "facteur (poeta) de la reine". Marot era un error de la naturaleza en el sentido de que tenía un aspecto grave y serio, de moralista, y un espíritu juguetón e irreverente, de libertino, que es lo que era. Sus historias con las mujeres, de las que tuvo legión, le trajeron serios disgustos. De hecho, la primera vez que estuvo en la cárcel, en 1525, fue por la denuncia de una novia desechada que lo acusó de haber comido tocino en Cuaresma. Conseguí que lo soltaran en*

*1526, haciendo intervenir a un obispo amigo mío. Pero Clément no escarmentó y siguió pasando intermitentemente temporadas a la sombra, por razones*

*religiosas u otras. Con la historia de los "placards", de la que hablaré luego, Clément se olió que esa vez podía acabar en la hoguera y se refugió en mis tierras, para escapar luego a Italia. En 1540 estaba de nuevo en Francia. Entonces compuso y publicó su famosísima traducción de los salmos de David, que tuvo un éxito fulgurante. En la corte los cantaba todo el mundo y en las congregaciones protestantes de Francia siguieron cantándose durante siglos.*

*La Sorbona se le echó encima y Marot tuvo que huir a Ginebra, buscando la protección de Calvino. Pero tampoco allí encontró paz porque su espíritu libre y rompedor encajaba mal en la puritana ciudad de Calvino.*

*El pobre Clément murió en la miseria en Turín, en 1544.*

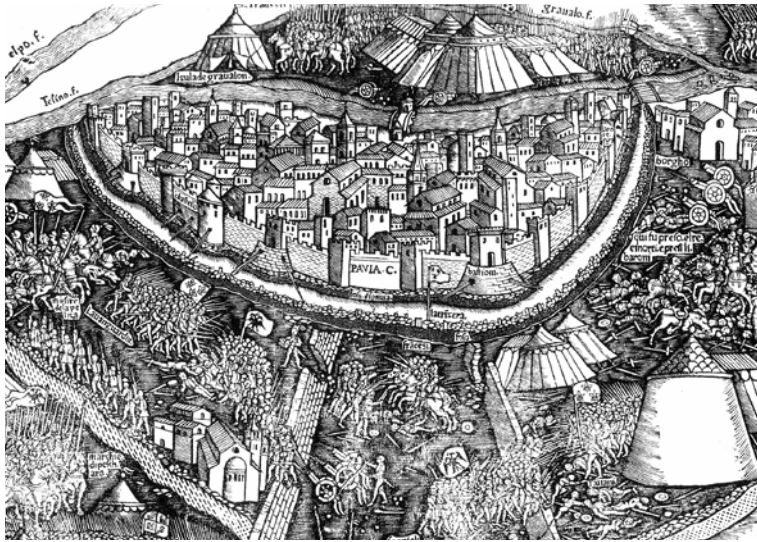
Francisco me consultaba también sus problemas sentimentales, que tenía muchos porque a mi hermano, el pobre, le perdían las mujeres\*. No es que se lo reproche, hay que entenderle: el sistema de casar a la gente por intereses y conveniencia política hacía que rara vez hubiera amor en el matrimonio y que la gente, hombres como mujeres, buscara la satisfacción de los afectos, el dulce latido, el bullir de la sangre, fuera de la familia legítima, que no solía ser ninguna fiesta.

En la corte de París, aproveché la bonanza para seguir aprendiendo y aumentar mis conocimientos, que llegaron a ser muy superiores a los de cualquier mujer y de la mayoría de hombres de la época. Junté a mi alrededor a un grupo de pensadores y artistas importantes que bajo mi protección desarrollaron una intensa vida intelectual en la corte. La reflexión religiosa ocupaba gran parte de nuestras horas, como era de rigor en un siglo desgarrado por los sectarismos y las guerras religiosas. No éramos exactamente protestantes pero nuestras ideas religiosas eran avanzadas y reformistas. Se puede decir que estábamos a medio camino entre el protestantismo y la ortodoxia, aunque sin salirnos de ella. Esta moderación no impidió que tuviéramos serios problemas con las autoridades. Y es que la libertad de pensamiento y de expresión, sobre todo en cuestiones religiosas, no estaba entonces ni extendida ni asegurada como lo está en vuestra época. Pensar fuera de la doctrina oficial podía ser muy peligroso. A la Sorbona, que era entonces la gran universidad de Francia le parecíamos sospechosos de herejía y solo gracias a la protección del rey nos libramos de tener serios problemas.





*La batalla de Pavía ilustra bien los peligros de la retórica. Tras tres semanas de bloqueo y de encontrarse los dos ejércitos frente a frente sin moverse, la noche del 23 al 24 de febrero los soldados imperiales abren una brecha en su recinto y sorprenden a los franceses.*



▲ “Asedio di Pavia dal christianissimo re di França”.  
Grabado de Giovanni Vavassore. Pavia, Musei Civici.

### Après le beau temps, la pluie

Decía antes que no hay mal que cien años dure, lo cual es muy cierto; pero, desgraciadamente, tampoco el bien suele durar: cuando la vida me sonreía por todas partes, llegó la catástrofe. En la batalla de Pavía, en 1525, el emperador español Carlos I (sí, el que pedía mi mano unos años antes), derrotó a mi hermano, lo capturó y se lo llevó prisionero a España. Para colmo de desgracias, al año siguiente en abril murió mi marido Carlos de las heridas recibidas en la misma batalla de Pavía, que fue la tumba de gran parte de la nobleza francesa. Esta muerte me dio pena, desde luego, pero en fin, quizás tampoco tanta, ocupada como estaba en organizar las negociaciones con los españoles para que soltaran a Francisco. Nos reunimos varias veces con los españoles, pero Carlos I y su canciller se negaban a aceptar un simple rescate de dinero y exigían cosas inaceptables, como que les cedieramos la Borgoña que, según el emperador, le correspondía como herencia de su abuela. Mi hermano prefería morir a ceder una parte de su reino. Así las cosas, empezó a pensar que nunca saldría de su prisión, el desaliento lo hizo caer enfermo, y en Francia llegó a correr el rumor de que había muerto. En un raptó de desesperación, decidí ir a Madrid a visitarlo y cuidarlo, y de paso a trabajar por su liberación con los españoles.

*Este canciller era el genovés Mercurino de Gattinara, una pieza de cuidado, como todos los genoveses.*

*No debe extrañar que un altísimo cargo político español lo ocupara un extranjero. En la política de entonces pululaba una élite internacional que tanto valía para un país como para otro. De hecho el antecesor de Gattinara en el puesto de canciller imperial tampoco era español, sino francés, un tal Jean Sauvage.*

Como no me podía estar quieta, durante el viaje, dentro de mi litera (las damas nobles de entonces solíamos viajar en litera llevadas a hombros de porteador), compuse un poema para expresar el dolor que sentía por mi hermano querido:

*Os traduzco mi poema:*

*El deseo del bien que espero / me da de qué  
cuírtame; / me dura una hora cien años / y  
la litera se me antoja / estar*

*parada y aún arredrarse, / tal es mi ansia  
de avanzar. / ¡Oh! ¡Qué larga se hace la  
carrera / cuando al final está la dicha.*

*(.....)*

*¡Oh, bienvenido será / quien tocando a mi  
puerta / diga: "¡El rey ha regresado / con  
su salud muy buena y fuerte!" / Entonces su  
hermana, peor que muerta, /  
correrá a abrazar al mensajero  
que tales noticias trae: / ¡que su hermano  
está salvado!*

Le désir du bien que j'attends  
me donne du travail matière;  
une heure me dure cent ans,  
et me semble que ma litière  
ne bouge, ains retourne en arrière,  
tant j'ay de m'avancer désir.  
Oh! qu'elle est longue la carrière,  
où à la fin gist le plaisir!

*(.....)*

Oh! qu'il sera le bienvenu,  
cetuy qui, frappant à ma porte,  
dira: « Le roy est revenu  
en sa santé très-bonne et forte! »  
Alors, sa sceur, plus mal que morte,  
courra baiser le messenger,  
qui telles nouvelles apporte,  
que son frère est hors de danger!

\*  
*A este Philippe me lo había traído  
de Francia porque su prestigio en  
la cristiandad era inmenso debido a  
su papel en el asedio de Rodas por  
los turcos, donde 600 caballeros de  
su orden y 4.500 soldados habían  
resistido seis meses a un ejército  
turco de 200.000 hombres.*

*Pensé que un personaje así impresionaría  
al emperador. Y sí que lo impresionó.  
De hecho, unos años más tarde, en 1530,  
Carlos V le regaló al gran maestre la isla  
de Malta y la ciudad de Trípoli para  
que estableciera allí su orden  
(que por eso en adelante se llamó  
Orden de Malta). Pero en lo que yo  
me traía, que era la liberación de  
mi hermano, el emperador no se dejó  
ablandar.*

Me embarqué en Aigues Mortes, de ahí pasé a Palamós, y tras muchos traqueteos llegué a Madrid. El rey de España, Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, salió de su palacio para recibir en persona a aquella princesita francesa (tened en cuenta que todavía no era reina ni navarra) y me acompañó al alcázar donde estaba preso Francisco. Este, cuando me vio, recuperó el ánimo y casi la salud perdida, porque tenía una fe ilimitada en mis dotes diplomáticas y negociadoras y contaba con mis buenos oficios para que los españoles le dejaran regresar a Francia. A continuación volví a visitar al emperador, que residía en Toledo. Traía conmigo desde Francia a Phillipe de Villiers\*, gran maestre de la orden de San Juan de Jerusalén para que mediara en la negociación. Esta comenzó inmediatamente bajo el arbitraje del gran maestre y duró una eternidad: todo



▲ El condestable Carlos III de Borbón. Grabado de Thomas de Leu.

octubre y casi todo noviembre. Le ofrecí al emperador una suma considerable de dinero, sobre la que ya se le había ofrecido; y traía preparadas una serie de componendas matrimoniales que pensaba que ayudarían a arreglar la situación. Propuse que mi hermano, que llevaba un año viudo, se casara con la hermana del emperador, Leonor de Austria, y yo misma, que estaba también viuda, me declaré dispuesta a casarme con el condestable de Borbón. Pero estas propuestas fracasaron igual que las demás.\*






Desesperada de no haber alcanzado nada con Carlos V, volví a Madrid para despedirme de Francisco y decirle que me volvía a Francia. Francisco se quedó prisionero del emperador hasta principios de 1526, cuando, cansado y pensando que, si no, nunca volvería a ver Francia, firmó el tratado de Madrid, cediendo a todo lo que le pedía Carlos V. \*\*

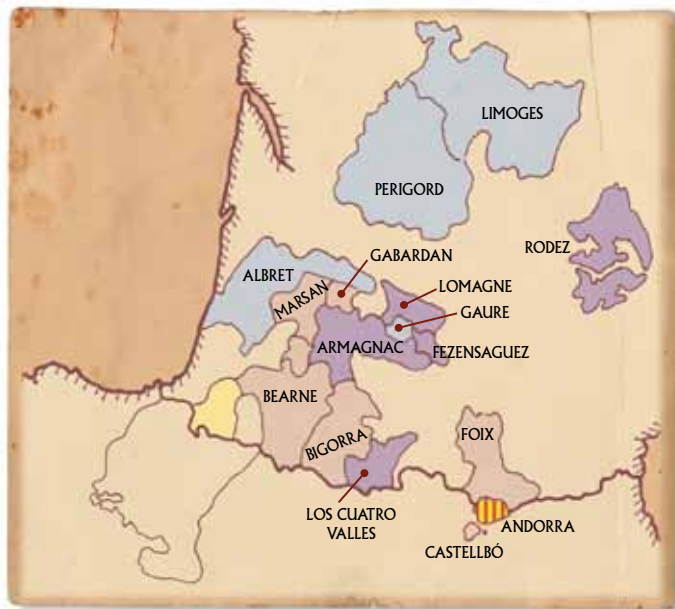


*\*No penséis que hacía ningún sacrificio al ofrecirme para esposa de Carlos de Borbón. A mí el condestable me gustaba mucho desde que lo conocí en la corte de París. El problema es que Carlos se había pasado de bando a los españoles, enfurecido porque mi hermano quería confiscarle sus tierras y su fortuna. El emperador le nombró inmediatamente generalísimo de sus ejércitos, porque el condestable era un militar extraordinario. Y, efectivamente, se reveló un enemigo peligrosísimo y fue el artífice militar de la derrota de Pavía. Propuse ese matrimonio porque políticamente convenía, para sellar las heridas de la traición, y porque personalmente, digamos, no me disgustaba.*

*\*\* Lo firmó para poderse ir, pero con toda la intención de no cumplir ni palabra de lo que firmaba, que es lo que hizo. Dejó en rehenes a sus dos hijos. Hasta 1529 estos no pudieron volver a Francia. En 1529, en efecto, ante el bloqueo de la situación, se renegó y se firmó el tratado de Cambrais, que permitió a mis sobrinos Francisco y Enrique volver a Francia tras unas largas vacaciones en España.*

Dominios de los Albret, reyes de Navarra.  
Fuente: Atlas de Navarra, CAN, 1977.

- Baja Navarra, abandonada por Carlos V en 1530. 
- Señoríos de la casa de Foix. 
- Andorra. 
- Señoríos de la casa de Albret. 
- Señoríos aportados por Margarita de Angulema. 



## Reina de Navarra



o, como he dicho, miraba con buenos ojos al condestable Carlos de Borbón. El problema era que a mi hermano no le parecía bien que el bueno de Carlos se hubiera pasado a los españoles, y todavía menos bien le parecía que lo hubiera derrotado estrepitosamente en Pavía y fuera el responsable directo de su vergonzoso cautiverio. Es humano. Así que hizo todo lo que pudo, que naturalmente era mucho, para impedirlo. Me propuso casarme con Enrique II de Albret, once años más joven que yo, al que había conocido durante las primeras negociaciones con los españoles. Enrique era un noble de rancia alcurnia y reducidas posesiones pero... era rey. Reyecito, se podría decir, ya que solo lo era de la pequeñísima parte de Navarra que le había dejado Fernando el Católico. En todo caso, grande o pequeño, un rey es un rey, y él lo era. Así que en 1527 me casé con Enrique de Albret, segundo de ese nombre, hijo mayor de Juan de Albret y Catalina de Foix, últimos reyes de toda Navarra, Alta y Baja. En el contrato de boda, como el papel lo aguanta todo, mi hermano se comprometía a instar a Carlos V a que devolviera sus tierras a los Albret. Y si el emperador no se dejaba instar, a utilizar contra él la fuerza de las armas. El emperador, supongo, se rió mucho con la cosa y Francisco, naturalmente, no cumplió la segunda parte del compromiso porque en realidad le importaba muy poco lo que pasaba al sur del Pirineo y además el episodio de sus vacaciones forzosas en Madrid

*Sí, el condestable también se llamaba Carlos. Mi vida estuvo llena de Carlos.*

*\*No es que Fernando de Aragón no hubiera invadido también la Baja Navarra, que lo hizo, y durante unos años España tuvo una especie de punta de lanza en el continente, pero en 1530, Carlos V decidió abandonar los territorios ultrapirenaicos, que le parecían prácticamente imposibles de defender y que entonces volvieron a manos de la familia de mi marido.*

*Enrique, aunque criado en la corte francesa, había nacido en la Alta Navarra, en Sangüesa, en 1503, y había partido al exilio con sus padres en 1512, con nueve años, dejando a su hermano mayor enterrado en Leyre.*

**\*\***

*Unos años antes, en 1521, Enrique, con la ayuda de mi hermano, intentó recuperar su reino por la fuerza, y durante unos meses consiguió ocupar toda Navarra. El intento acabó en la batalla de Noáin, en junio de ese año, donde los castellanos masacraron a sus tropas y recuperaron todo el territorio perdido.*



▲ Enrique II de Albret. Placa de cobre esmaltado, obra de Léonard Limosin. Museo del Louvre, París.

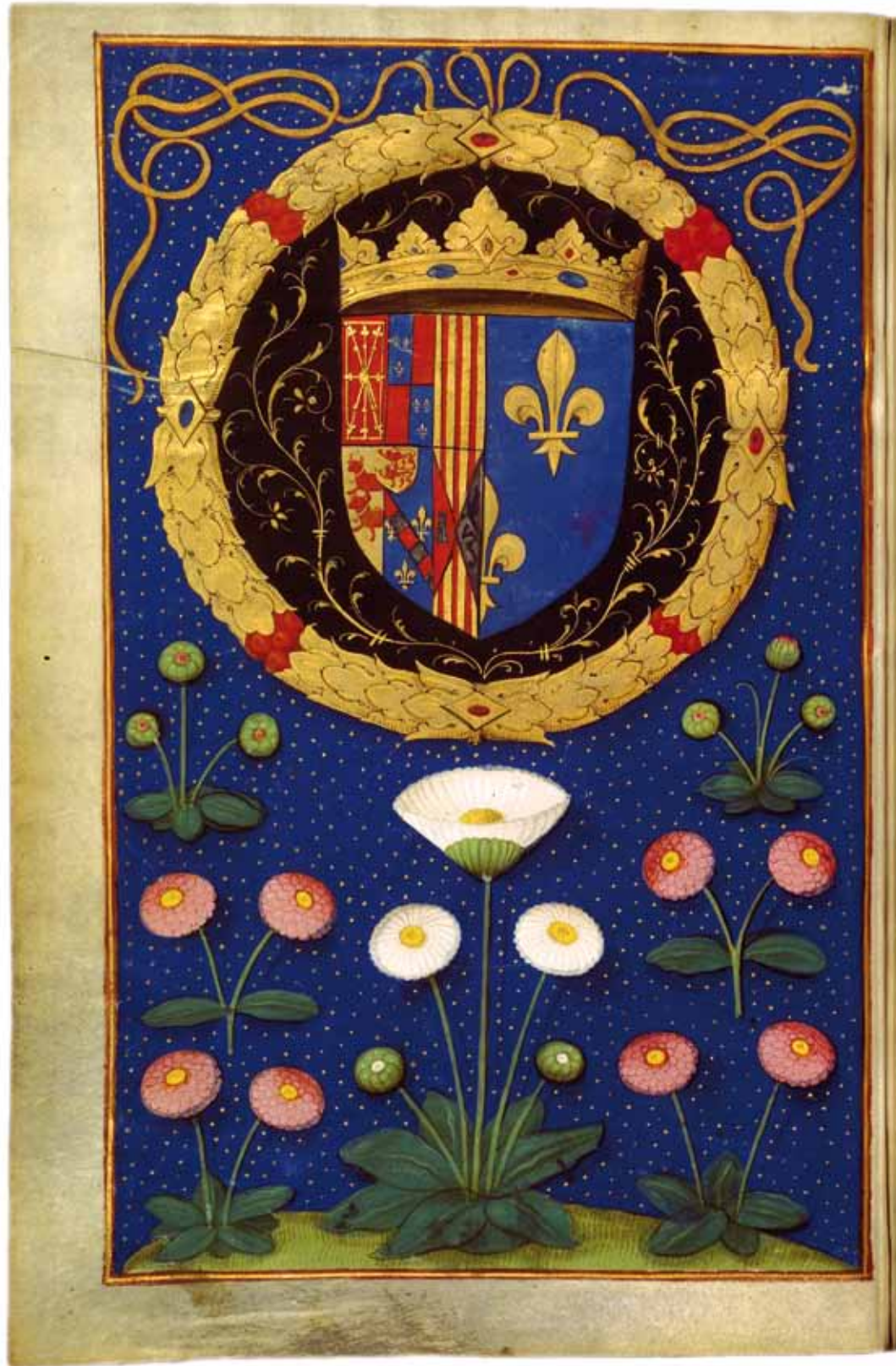
con todos los gastos pagados le había dejado pocas ganas de darse paseos por la Península. Por lo demás, mi hermano se portó y me dio en dote los ducados de Alençon y de Berry y los condados de Armagnac y de Perché. De alguna forma tenía que compensarme el haber impedido que me casara con el que me gustaba.

Enrique de Albret estaba lleno de buenas cualidades: era valiente, leal y se esforzaba en gobernar bien sus estados\* y en despertar el amor de sus súbditos. Dicho esto, tampoco me robaba el corazón. Además, al lado de estas cualidades tenía también algún defectillo: era duro, melancólico, brutal y celoso. Así que mi segundo matrimonio estuvo jalonado por enfrentamientos (porque yo no me dejaba avasallar, claro) que más de una vez necesitaron de la intervención de mi hermano.

*\* Tengo que aclarar a qué me refiero cuando hablo de mis tierras o mis estados. Las posesiones de mi marido, luego mías, eran mucho más extensas que la sola Baja Navarra: era suyo todo Béarn, toda la Bigorra, el condado de Foix, Andorra, el Perigord, Limoges y muchas más tierras. La Baja Navarra, como se ve en el mapa de la página anterior, era solo una parte ínfima de este territorio aunque era la que nos permitía titularnos reyes. En realidad el corazón de su territorio era el Béarn y su verdadera capital, Pau. Navarra tenía solo una importancia simbólica. Grande, pero simbólica.*

*A mi marido lo hice salir en el Heptamerón, un libro de cuentos que escribí al final de mi vida, como Ircan (Ircan es el anagrama de Haric, Enrique en bearnés), personaje que, en las discusiones que siguen a cada cuento, representa la ideología más materialista y prosaica.*

Este escudo real de los Albret, es un montaje hecho con las armas de Navarra , de Albret , de Aragon , de Foix-Béarn



►  
*Initiatore instruction en  
la religion chrestienne  
pour les enffans.*  
Pergamino iluminado.  
Catecismo luterano para  
niños encargado para  
Margarita de Angulema  
como regalo de boda.  
Atribuido al reformador  
de Wurtemberg Johann  
Brenz. Bibliothèque de  
l'Arsenal, París.



Inueni vnam preciosam margaritam quam in timo corde collegi :-

Enrique, aunque podía ser un zafio, tenía también sus momentos. El día de mi boda me regaló, por ejemplo, este catecismo para niños. El personaje de la imagen es él, Enrique, con una margarita en la mano, que soy yo, claro, y un texto que dice, en latín: "He encontrado una preciosa margarita y la he guardado bien dentro de mi corazón." Qué mono. A la izquierda, encima de una gran margarita que, naturalmente,

soy de nuevo yo, se ven las armas de los Albret, que son una combinación de los escudos de todos sus estados.

Con Enrique, si no el amor, que Dios y los intereses políticos parecían decididos a negarme, conocí al menos la maternidad. Tuve dos hijos: Juan, el mayor, que murió en 1530, con dos años, y la segunda, Juana, nacida en 1529, que sería famosa y conocida como Juana de Albret, madre de Enrique IV.

\* Vista nuestra impotencia militar, intenté también la vía de la conciliación para recuperar la Alta Navarra, y hubo varias conferencias con los españoles en Niza y Aigues Mortes.

Se prodigaron gestos de buena voluntad, se habló de casar a mi hija Juana con el pequeño Felipe de Austria y... se quedó todo en agua de borrajas.



\*\*

Por algo 50 años más tarde un dramaturgo inglés, William Shakespeare, situó en mi corte de Navarra la acción de su obra "Love's labours lost".

En esa obra se lee la famosa frase: "Navarra será el asombro del mundo", que gustan de sacar a colación los navarros chauvinistas —es decir, casi todos— cuando quieren demostrar cuánto nos admiran por ahí fuera.

Aunque no me llevaba bien con Enrique, le ayudé a gobernar sus estados, sobre todo el Béarn, que aunque no era reino, era en realidad la parte mayor y más importante de sus posesiones. El país estaba muy abandonado y desaprovechado. Decidimos traer de otros lugares de Francia buenos campesinos para difundir las mejores prácticas agrarias y acrecentar la riqueza del suelo. Fundamos y restauramos muchas villas y ciudades, construimos y decoramos castillos, sobre todo el de Pau, donde pasábamos largas temporadas y que rodeamos de magníficos jardines. También reformamos la legislación bearnesa, que, como el fuero de Navarra, era consuetudinaria: creamos una cámara de justicia para las apelaciones en última instancia y, en general, abrimos las puertas a la prosperidad pública.

Ya he dicho que Enrique, tras nuestra boda, no llegó a repetir el intento de recuperar la Navarra peninsular. Para eso hubiera necesitado la ayuda de mi hermano, pero este siempre tuvo enemigos para dar y regalar y nunca pudo emplear un ejército un año para esa campaña. Sin contar con que la fuerza del emperador Carlos V hacía muy improbable el éxito en la empresa. Lo que sí hizo Enrique fue esforzarse por conservar todo el territorio que le quedaba, y para protegerlo de las invasiones españolas cubrió de fortalezas las fronteras del Bearn.

La corte de este mi nuevo reino estaba, como digo, en Pau. Era, desde luego, una corte en miniatura pero, pese a su tamaño, conseguí de nuevo atraer allí a todo tipo de personalidades y hacer que rivalizara en brillo intelectual con la de Francia. Eran sobre todo sabios, poetas, músicos, pintores, una élite de artistas y literatos que yo alimentaba y protegía. Mi palacio resonaba de música y de versos, de representaciones teatrales y discusiones intelectuales. \*\*







▲ Martín Lutero, c. 1592, retrato de Lucas Cranach el Viejo, Hessisches Landesmuseum, Darmstadt.

*\* Calvin era, en lo principal de sus doctrinas, un seguidor de la reforma iniciada por Martín Lutero. De hecho él toda su vida se opuso al término de "calvinismo", que no le gustaba nada. Aunque sus ideas se extendieron y prendieron sobre todo en países de lengua germánica como Holanda, Alemania, Suíza y Escocia (no Inglaterra, donde prevaleció una versión propia del luteranismo), él era francés, de nombre Jean Cauvin, nacido en Picardía, y doctorado en leyes por la Sorbona. Esto explica que cuando las cosas pintaron mal se refugiara en mis tierras.*

## El calvinismo

**P**ero había más. Había algo, además de su común amor por la literatura y las artes, que unía a todos aquellos hombres de letras por encima de sus diferencias. En aquella corte se estaba incubando la reforma religiosa que acabaría por desembocar en el calvinismo. Yo siempre he sido una mujer inquieta y mi espíritu crítico me llevaba a aplicar a todo la duda y la crítica; por eso escuchaba con interés y simpatía las doctrinas de la *devotio moderna* y las ideas y esperanzas de filósofos como Rabelais, Etienne Dolet, Buenaventura des Périers, etc., a los que más tarde llamarían *Ateos* o *Libertinos*, a la vez que también, con igual entusiasmo, escuchaba a predicadores evangélicos como Roussel o el propio Calvino. \*

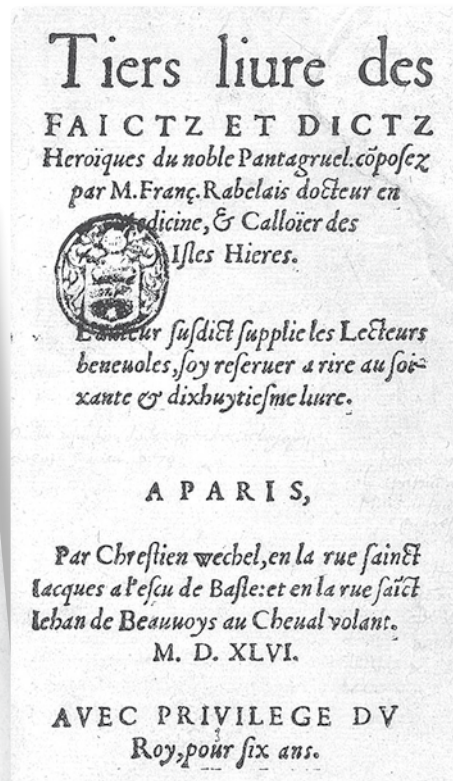
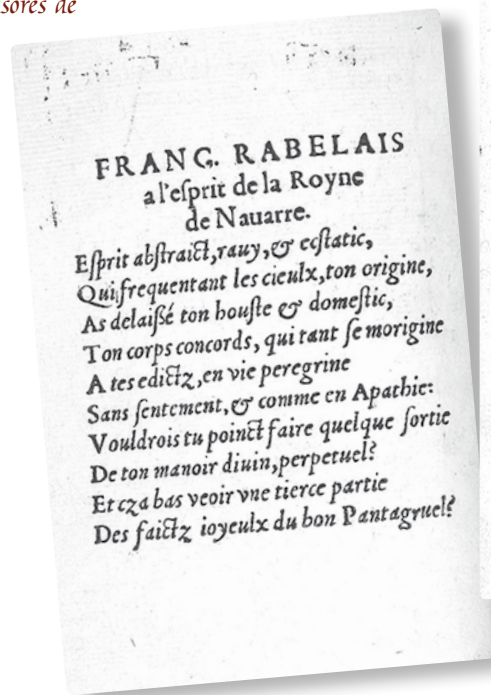
Las primeras persecuciones contra los luteranos en Francia comenzaron en 1523. Desde el principio me hice abiertamente su abogada, casi su cómplice. Conseguí sacar de la cárcel, arrancándolo de las garras de la Sorbona y la Inquisición, a mi amigo el poeta Clément Marot, del que ya he hablado y hablaré, acusado de haber comido tocino en Cuaresma: hice también

\*\*

*\*\*  
Esto puede parecer increíble, pero desobedecer abiertamente un precepto de la Iglesia te podía llevar directamente a la hoguera. De hecho casi todas las religiones tienen preceptos formales como este, que acaban por hacerse más importantes que la esencia de la doctrina porque se convierten en seña de identidad del grupo. Si lo pensáis bien, tampoco las cosas han cambiado tanto desde entonces.*

Uno de estos libros que salvé de la quema —y en la época esta expresión se podía entender literalmente— fue “Gargantúa y Pantagruel”, de Rabelais, que los reaccionarios de la Sorbona querían prohibir por herético.

No sé si era herético; en todo caso era muy gracioso y terriblemente irrespetuoso con ellos, que quedaban en ridículo; algo que los censores de toda época llevan muy mal. En agradecimiento por mi ayuda, Rabelais me dedicó más tarde su “Tiers livre”, en 1544.



\* Louis Berquin era un noble de la Artèse, consejero del rey, ferviente luterano. Sus enemigos lo denunciaron en 1523 y fue condenado a abjurar de su herejía, cosa a la que se negó en redondo.

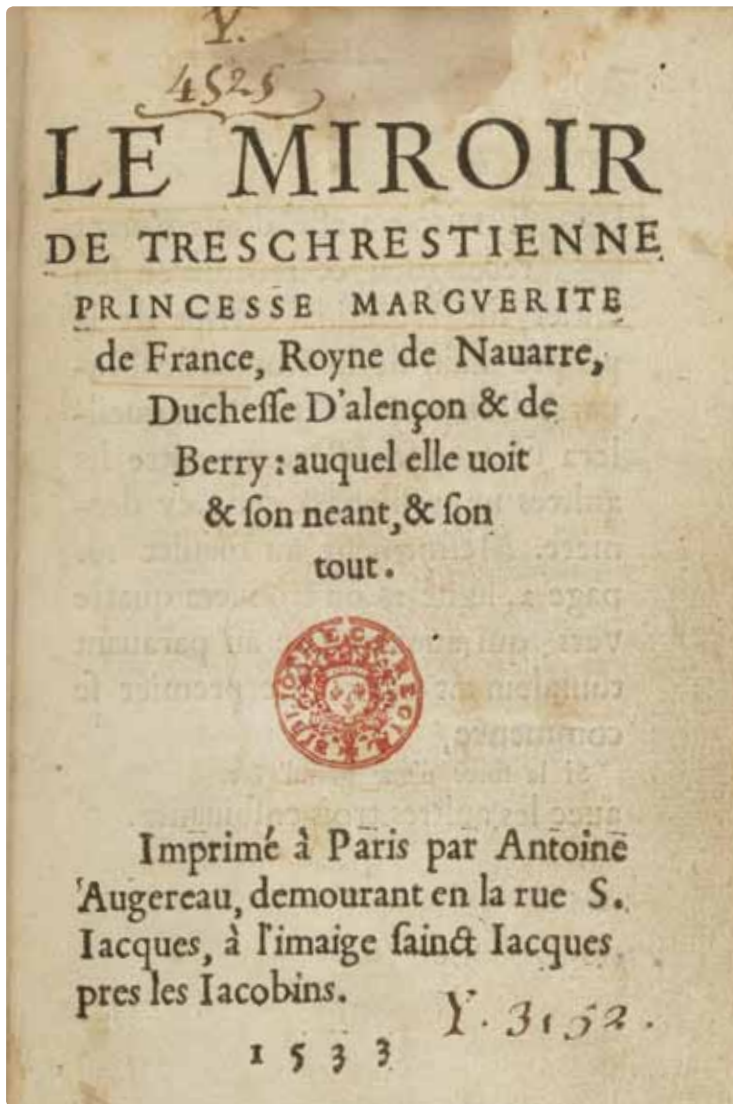
Siguió con su intenso proselitismo y fue de nuevo detenido en 1526.

Esta vez lo salvé yo de la cárcel. Pero el muy cabezota siguió predicando y publicando, volvió a ser detenido en 1529 y entonces ya no hubo nada que hacer. Fue quemado vivo el viernes 16 de abril de 1529.

Una se pregunta si tanta obstinación merecía la pena; si no hubiera sido mejor disimular un poco.

lo imposible por salvar de la muerte al infeliz Berquin, pero su obstinación y su fanatismo delante del tribunal le costaron la vida. Muchas veces conseguí evitar la censura y las acusaciones contra libros y autores sospechosos de herejía. Y, lo que es más, ofrecí refugio en mis tierras de Navarra y Béarn a los perseguidos y amenazados: así, estuvieron acogidos en mi palacio Roussel, el gran Calvino, Lefevre d'Étape y tantos otros. Durante nueve o diez años intervine constantemente ante el rey y conseguí meter en su corazón algo de compasión hacia los luteranos perseguidos.

Además, publiqué en Alençon un poema místico titulado Espejo del alma pecadora y lo reimprimí dos años después en París. La Sorbona, que ya me tenía entre ceja y ceja, lo censuró alegando que contenía proposiciones y tendencias contrarias a la fe católica romana. Me salvó mi hermano que ordenó al rector de



*“El espejo de la cristianísima princesa Margarita de Francia, reina de Navarra, duquesa de Alençon y de Berry: en el que ve tanto su nada como su todo”.  
No era manca yo poniendo títulos.*

la Sorbona que retirara la prohibición. Pero de todas formas, se montó la marimorena: Noel Béda, que era el que había firmado la prohibición, calentó los ánimos contra mí de tal forma, que los estudiantes del *College de Navarre*, de acuerdo con sus regentes, escenificaron una farsa en la que se me representaba en figura de “Furia del infierno”. El rey no pudo soportar que insultaran así a *sa mignone* y mandó un escuadrón de arqueros a detener a los culpables. A su llegada, tanto alumnos como profesores los recibieron a pedradas. Al final tuve que interceder yo, la Furia del Infierno, para que el rey perdonara.

*La verdad es que para una rebelde siempre es mejor ser hermana del rey. Ayuda mucho.*

*Es una ironía que los autores del escarnio fueran precisamente estudiantes del Colegio de Navarra. Este era uno de los que componían la Universidad de París, rival de la Sorbona. Se llamaba así porque lo había fundado y financiado Juana I de Champaña, reina de Navarra, que había regalado también un palacio suyo en la ciudad para albergarlo.*

Detalle de *La matanza de san Bartolomé*,  
masacre de protestantes en París.  
François Dubois. Musée des Beaux  
Arts, Lausana.



▲ Anne de Montmorency, condestable de Francia. Placa de cobre esmaltado. Léonard Limosin. Museo del Louvre. París.



Mi hermano, ya lo he dicho, demostraba cierta simpatía por los luteranos y los escuchaba con gusto. Pero todo se precipitó con el famoso asunto de los *placards*: una noche de noviembre de 1534 aparecieron clavados en las puertas de las iglesias y las calles de París, unos pasquines (*placards*) injuriosos contra la eucaristía. El escándalo fue enorme, y la presión sobre el rey tal, que Francisco no tuvo más remedio que ceder a la indignación popular y detener a seis luteranos que fueron quemados vivos en la plaza de l'Estrapade. Después juró solemnemente aniquilar a los herejes, porque la situación no le dejaba prácticamente otra salida. A partir de entonces, ya no pude proteger a mis amigos. Solo pude ofrecerles refugio en mis tierras. Yo, gracias al amor de mi hermano, pude quedarme en la corte de París, aunque mis enemigos triunfantes me acosaban abiertamente y se afanaban en perderme. Imaginaos hasta qué punto llegó la cosa que el condestable Anne de Montmorency, hablando un día con mi hermano, no tuvo empacho en decirle que si quería exterminar a los herejes de su reino, tenía que empezar por la corte y por su propia familia.\* Mi hermano le contestó que respondía de mí, que yo nunca tomaría otra religión que la suya. Imaginad con esto qué ambiente había en la corte. Yo era luterana de corazón, pero a la vez quería demasiado a mi hermano como para causarle problemas graves y nunca, nunca hice la menor profesión de mis ideas sino que, por deferencia al rey, mientras estuve en la corte de París, rodeada de enemigos, me las guardé para mí.

\*A este canalla de Montmorency se las hice pagar todas juntas al cabo del tiempo. Durante años hice todo lo que pude para hundirlo en el favor real, y como soy una mujer empeñosa y convincente, lo conseguí. En 1540, en la ceremonia de esponsales de mi hija Juana, que tenía doce años, como la pobre iba cubierta de joyas y brocados hasta el punto de que, siendo tan niña, casi no podía andar, Francisco ordenó al señor Condestable de Montmorency que se subiera a hombros a su sobrinita, la llevara al altar y la tuviera así durante toda la ceremonia. Imaginaos la cara que se le puso y la que se me puso a mí, de satisfacción, al ver cómo mi hermano humillaba en público a su poderoso favorito. Después del banquete, el condestable, que había comprendido, abandonó la corte para siempre. Tengo que reconocer que no cabía en mí de gozo.



## Madame, vous en voulez trop savoir!

**M**ero en 1542 ya no pude más y abandoné definitivamente la corte de Francia para retirarme a mis estados. Entonces ya no disimulé mis opiniones. Tenía a mi lado a Calvino, a Clément Marot, del que ya he hablado, y a muchos más personajes reformistas. Calvino y Marot, sin embargo, no se sentían totalmente seguros en mi Corte y huyeron al Piamonte. Estos temores se los producía mi marido, el rey de Navarra, que miraba todo aquello con malos ojos porque, además, sentía que no podía competir intelectualmente con aquellos hombres, lo cual le humillaba. Odiaba especialmente a Marot, cuya poesía había entrado tanto en mi corazón, que le producía intensos celos. Y los celos le hacían tratarme muy mal. Cuántas veces le oí decirme a gritos “Madame, vous en voulez trop savoir!” y solo el miedo que le tenía a mi hermano Francisco lo retenía de pasar a mayores. Lo cierto es que a mi marido no le faltaban razones. Mirad, si no, este poema que me escribió mi querido Clément:

Tous deux aymons gens pleins d'honnesteté,  
Tous deux aymons honneur et netteté,  
Tous deux aymons à chascun ne medire,  
Tous deux aymons un meilleur propos dire,  
Tous deux aymons à nous trouver en lieux  
Où ne sont point gens mélancolieux,  
Tous deux aymons la musique chanter,  
Tous deux aymons les livres fréquenter:  
Que diray plus? Ce mot-là dire j'ose  
Je le diray, que, presque en toute chose,  
Nous ressemblons, fort que j'ay plus d'esmy  
Et que tu as le cœur plus dur que moy.

Empecé a tener problemas incluso dentro de mis territorios. Un monje de Issoudun, por ejemplo, dijo desde el púlpito que era luterana y que merecía que me metieran en un saco y me tiraran al agua. Cuando el rey se enteró, ordenó que le aplicaran al cura el tratamiento que recomendaba para mí. Pero al ir a buscarlo, el pueblo se amotinó y no dejó que lo detuvieran. Al final el monje fue enviado a galeras, porque yo entretanto había intercedido ante Francisco para que no lo mataran. Después de



▲ Clément Marot, retrato de Corneille de Lyon. Museo del Louvre, París.

*“A ambos nos gusta la gente muy honrada, / A ambos nos gustan honor y claridad, / A ambos nos gusta no maldecir de nadie, / A ambos nos gusta la ocurrencia bien dicha, / A ambos nos gusta encontrarnos, / donde no haya gente entristecida, / A ambos nos gusta la música cantar, / A ambos nos gusta los libros frecuentar: / ¿Qué más diré? Me atrevo a decir esto, / Y lo diré: que casi en todo / Nos parecemos, salvo que yo soy más apasionado / Y tú tienes el corazón más frío.” Solo le falta decirlo con todas las palabras. Claro que si Clément escribía esto es porque estaba bien seguro de que no me iba a disgustar. Y no, no me disgustaba...*

►  
Cubierta de la segunda edición del *Heptamerón*, de Claude Gruget, París 1560.



esto mi hermano me mandó venir a París y me echó tal bronca que en adelante ya no hice muestra pública de mis opiniones religiosas y me abstuve de polémicas, aunque seguí teniendo una correspondencia continua con Calvino, que estaba en Ginebra.

Dice algún cínico que cuando pierdes el poder, te queda la literatura. En mi caso no es del todo cierto, porque no empecé a escribir entonces, sino que lo hice durante toda mi vida, incluso cuando mi estrella estaba alta, pero es verdad que con el fin de mi influencia política me dediqué cada vez más a las letras, especialmente a mis *nouvelles*, unos cuentecillos que solía componer en la litera durante mis viajes dictándoselos a una de mis damas. Quería llamarlos *Decamerón*, como el de Boccaccio, y escribir cien cuentos para diez jornadas. Pero como me quedé en setenta, las jornadas fueron finalmente siete. Por eso, cuando tras mi muerte se publicó el libro, después de circular manuscrito por toda Francia, se tituló *Heptamerón*.





◀ Juana de Albret, retrato de François Clouet. Museo Condé de Chantilly.

A mi muerte Juana sería también reina de Navarra, más exactamente la última reina de Navarra. Ella sí se convirtió al calvinismo, a lo que yo no me había atrevido, y encargó a un clérigo calvinista, Juan de Lizarraga, que tradujera al vascuence el nuevo testamento para difundir la reforma entre sus súbditos de lengua vasca.

El "Iesus Christ gure iaunaren Testamentu Berria", impreso en la Rochelle en 1571 es la primera traducción del Evangelio al euskera y uno de los primeros libros impresos en esta lengua.

La edición original del testamento de Lizarraga es una rareza bibliográfica. En 1995 el Gobierno de Navarra compró en una subasta en Londres uno de los pocos ejemplares existentes, que obra en el Archivo General.

## Pallida mors

**V**uelvo a mi vida. Ya la muerte me pisaba los talones, la demacrada muerte que con parejo pie derriba la chabola del pobre y el unifamiliar del rico.\* En 1545 murió mi sobrino pequeño, al que quería mucho, y a los dos años, el gran mazazo: murió Francisco. Anonadada, me retiré cuatro meses al convento de Tusson a rezar y meditar, pero nunca conseguí sobreponerme. El resto de mi vida, que no fue mucho, estuvo dominado por este dolor y este duelo.

Me asustaba la muerte, que intuía cercana, y no tenía ánimo de escribir. Renuncié a la poesía y a las letras y abandoné también la confección de mis *nouvelles*, que de cien se quedaron, como he dicho, en 72. Di permiso, sin embargo, a mi mayordomo Jean de la Haye para que diera a la imprenta en 1547 mis poesías (*Margaritas de la margarita de las princesas*), con una dedicatoria a mi hija Juana.\*

\*Perdón por el chiste. Estos son unos versos de Horacio que me gustaban mucho: "Pallida Mors aequo pulsat pede pauperum tabernas gurgine turris."

El título es un juego de palabras: Margarita en latín significa perla, con lo que viene a significar "Perlas de la perla de las princesas". Los hombres, ya se sabe, son unos halagadores.



▲ La reina Margarita, dibujo de Jean Clouet. Museo Condé de Chantilly.

Cuando en 1548 Juana se casó con Antonio de Borbón, boda a la que me opuse con todas mis fuerzas, el disgusto acabó de quebrantarme. Tras este fracaso me convencí de que ya no contaba para nada y me retiré al Béarn, donde estuve con Enrique tomando las aguas en Cauterets\*. A partir de entonces viví obsesionada con la idea de la muerte, a la que no me conseguía acostumbrar pese a toda mi fe. Y al fin me llegó también a mí, la hora de afrontar el gran misterio, de asomarme al profundo lago, a la boca del león, al abismo sin fondo. Morí el 12 de diciembre de 1549 de una pleuresía que me vino por pasearme de noche con mucho frío por mi parque de Odos. Pese a todas mis vacilaciones, me fui del mundo en la fe de mis padres, sin hacerme calvinista y estoy enterrada, como cristiana, católica y romana, en la catedral de Lescar, en Pau.

Valentine Denisot escribió para mí un epitafio que nunca llegó a grabarse sobre mi lápida, pero que bien lo hubiera merecido, por su sencillez y su belleza:

\*Esta estancia en la estación termal de Cauterets me dio la idea de situar allí el escenario del Heptamerón, como explico en su prólogo.

*Musarum decima et Charitum quarta, inclyta regum  
et soror et coniux, Margaris illa iacet.*



*“Décima de las Musas y cuarta de las Gracias, ilustre de reyes  
hermana al par que esposa, la que fue Margarita aquí yace.”*









¿Saben los navarros quién fue Margarita de Angulema, princesa real francesa y reina de Navarra por su matrimonio con Enrique II de Albret? No es aventurado decir que la conocen más bien poco, que el olvido, en este que fue su reino, la ha borrado casi completamente de la memoria de los vivos.

Y sin embargo, el personaje bien merece recordarse: teóloga, poeta, escritora, diplomática, mecenas y protectora de las artes y las ciencias, y, por sus dolores, reformista religiosa, Margarita de Angulema fue una gran intelectual y escritora renacentista muy digna de ser más conocida y apreciada entre nosotros. Por eso el Departamento de Educación publica hoy esta breve biografía suya, para que los escolares de nuestra comunidad y el público en general tengan la oportunidad de conocer esta parte de nuestra historia.



COLECCIÓN  
**ChiPi  
Txapa**  
CONOCER NAVARRA  
serie *Biografías*

